

ALDEA Y PAISAJE, PATRIA Y PATRIMONIO

Pedro Armas
Profesor Titular de Xeografía
Universidade da Coruña

«*A vida da aldea, Deus a dea*»
(Refranero popular)

INTRODUCCIÓN

El título plantea dos binomios «aldea y paisaje, patria y patrimonio», muy interesantes desde la perspectiva de la Geografía Humana, es decir, desde una perspectiva socio-territorial. Interesantes especialmente en momentos en los que, por un lado, los más economicistas, modernos y urbanícolas, prescinden del medio rural, y, por otro, los mitómanos de la vida campesina tradicional caen en una desfasada adoración de estereotipos obsoletos para defender un galleguismo de reconversión rápida.

Son binomios de conceptos que en la realidad se interfieren o integran. Por ello, quizás sea conveniente que, previamente, contrastemos otros dos binomios, «rural y urbano, ciudadano y aldeano». Se trata de conceptos simples, elementales, confrontados en otras regiones y fusionados en una región como la gallega donde todo es pluralidad y transición.

1. RURAL Y URBANO

Arranquemos con una hipotética duda: *¿existe lo rural en Galicia?*. De entrada a muchos puede parecerles obvia la respuesta e incluso absurda la pregunta. Siendo así, ¿por qué se plantea?. Porque unos cuantos, pero influyentes, tecnócratas y políticos pretenden ignorar lo rural, sencillamente porque no vende, porque no da imagen de modernidad.

Los que analizamos el territorio, sobre todo los que estudiamos esta tierra y nos identificamos con ella sinceramente, y no por oportunismo, sabemos de la relevancia del medio rural en la misma. Es más, nos resulta tan obvia que hasta el ejercicio de justificarla se nos antoja banal.

La región para algunos de esos «sabios oficiales» está configurada exclusivamente por *las ciudades y sus circunstancias*. Son las ciudades las que «ordenan el territorio»; el resto es hinterland urbano, área de influencia o esfera de dependencia.

Resulta curioso observar como no dudan a la hora de hablar superficialmente del «*sistema urbano gallego*», con el fin de elevar el rango de nuestra estructura de asentamientos en el marco de un espacio universalizado. Asumen que el sistema gallego de ciudades es un sistema abierto, engarzado a un supuesto sistema internacional de urbes; y ello, cuando, como bien señala A. Turco (1984), no está perfilada una filosofía sistémica de carácter mundialista.

Tales concepciones holísticas del espacio son el resultado de planteamientos teóricos, de experimentos de despacho, no de unos análisis rigurosos de la realidad territorial de Galicia. Por otra parte, obedecen a *intereses particulares* de variada índole. Intereses políticos, intereses económicos, intereses derivados de la vanidad personal e incluso, y paradójicamente, intereses chauvinistas-localistas, en el sentido de, «si otorgo rango internacional a todos los núcleos gallegos, mi ciudad primada figurará como una importante metrópoli en el engranaje superior». Por tales derroteros se habla de áreas metropolitanas, conurbaciones, aglomeraciones y suburbios urbanos. Taxonomías que quedan aparentes en libros, artículos e informes, pero que cuesta encontrarlas sobre el terreno.

Se habla de supuestas *áreas metropolitanas*. De hecho, en las dos gallegas, en torno a las ciudades de A Coruña y Vigo, los commuters o movimientos pendulares (casa-trabajo-ocio) no son intensos, las funciones

de alto rango apenas aparecen, la morfología edificatoria no es en absoluto urbana en los porcentajes requeridos, la continuidad en la misma no se detecta, el fenómeno de las segundas residencias en la periferia es todavía incipiente, el efecto difusor del desarrollo (el «spread» de los anglosajones) no alcanza niveles significativos, la integración espacial no es fuerte, la accesibilidad interna no siempre es ágil y rápida, la movilidad de personas, capitales e información desde y hacia el nodo central no es intensa, la ciudad principal no crece como una ameba, por absorción, ya que su dinamismo demográfico es moderado, etcétera, etcétera.

Se habla de *conurbaciones* en nuestra región. Geddes propuso el término para referirse a la fusión física entre dos áreas metropolitanas o dos o más ciudades grandes que terminan por soldarse debido a un dinamismo continuado, aunque pueden conservar su independencia funcional. Aplicarlo a las uniones entre Pontedeume-Cabanas o Viveiro-Covas, cuando resultan de la simple explotación común del espacio que contornea a una playa, no deja de ser otra exageración. Como también lo es aplicarlo al binomio Cee-Corcubión o a los ejes Ribeira-Palmeira-A Puebla-Boiro-Rianxo, Carril-Vilagarcía-Vilaxoán-Vilanova-Cambados y Portonovo-Sanxenxo-Raxó-Combarro-Poio, tan sólo porque entre esos núcleos se extiende un continuum de asentamientos diseminados o dispersos, alargados a causa de condicionantes topográficos (sobre todo la proximidad de escarpes al litoral). Ello llevaría a admitir que casi todas las rías cuentan con importantes conurbaciones.

Incluso se habla de «*conurbaciones históricas*» para aludir al simple crecimiento de villas tradicionales a partir de la fusión de asentamientos agrícolas o pesqueros, como Fefiñanes-Santo Tomé-Cambados o Puebla do Deán-Caramiñal. Y hasta hay quien habla de la conurbación A Rúa-O Barco de Valdeorras. ¡Ojalá la pura denominación otorgase beneficios a los habitantes de la «conurbación»!.

Se habla de *áreas suburbanas* en el entorno de esas hipotéticas áreas metropolitanas. En ellas se colocan ejes repletos de servicios de alto rango (clubes privados, casinos, centros de investigación, colegios caros ...), urbanizaciones de lujo, industrias «limpias», comercios especializados (viveros, hipermuebles ...), etcétera.

De hecho, se trata de *áreas rururbanas* cuyas características más definitorias son la heterogeneidad morfológica y la pluriactividad de sus

habitantes tanto por lo que respecta a los sectores económicos (agricultura-marisqueo-pesca-construcción-industria-comercio-servicios), como por el medio de trabajo (campo-mar-ciudad); es el moderno *modus vivendi* del «part time» que se funde con la vieja «cultura del minifundio tradicional».

Se habla de la *energía interna* del «sistema urbano gallego», de su cohesión gracias a la propia entropía, de como en una pretendida balanza de inputs y outputs salen a relucir unas hipotéticas relaciones de complementariedad entre los elementos del sistema (es decir, entre las ciudades), de una imaginaria articulación entre subsistemas de segundo orden sobre un espacio jerarquizado, de sofisticadas matrices con filas de funciones y columnas de unidades territoriales (por cierto, ya propuestas por Brian Berry en los USA de mediados de siglo) ... etcétera, etcétera, etcétera.

Se trata de una *visión cibernética*. Se trata de una visión ligada a la famosa Teoría General de Sistemas (T.G.S.), a su vez vinculada a la no menos famosa, y a menudo interpretada superficialmente, Teoría de Conjuntos. Sin embargo, debiera admitirse que para poder hablar de sistema es preciso que el conjunto de elementos y atributos en cuestión tenga su razón de ser dentro de la propia integración del sistema; esto es, los elementos han de hallarse actuando tan interaccionados que cada uno sólo cuenta en función del papel que juega en el todo.

Se comprenderá que es muy difícil determinar elementos, variables y atributos; y, aún más, captar los *flujos de integración en un sistema*, tanto los verticales (entre hombre-medio-actividad), como los horizontales (entre unidades territoriales). Y si esto resulta complicado en los sistemas desarrollados, cuánto más en territorios tan desarticulados como el gallego. En efecto, sólo algunas regiones muy desarrolladas pueden disponer de un sistema urbano policéntrico, donde la dinámica acumulada a lo largo del tiempo ha generado tales fuerzas centrífugas que el crecimiento llega a ser casi proporcional en todo el territorio (Precedo, 1981).

Nos referimos a *espacios muy urbanizados*, con una jerarquía de centros equilibrada, con distribuciones regulares (del tipo de los modelos de Christaller o Lösch), con ciudades especializadas y complementarias, con una fácil conectividad derivada de una densa, bien trazada y mejor conservada trama de comunicaciones, etcétera. Como apunta Jane Jacobs, el desarrollo de una región depende de la cohesión de su sistema de ciudades, y viceversa.

Casi por inercia, siempre se dice que el hábitat gallego es singular. Hay otras regiones atlánticas con hábitats similares. Pero, la *atomización y densidad de asentamientos* resultan particularmente exageradas en Galicia (Precedo, 1987). Ciertamente es que se trata de asentamientos de rango muy dispar. Algunos complejos, como las áreas urbanas o las áreas rururbanas. Otros simples, como pequeñas ciudades, villas y aldeas. Aunque todos colaboran a que el espacio, poco o medianamente poblado, aparezca muy antropizado.

Con tales premisas, fomulemos una duda contraria a la duda con que arrancábamos: *¿cabe hablar de «sistema urbano gallego»?* Dejémonos de juegos empíricos, de vectores, de fuerzas gravitacionales ..., en suma, dejémonos de adoraciones a falsos ídolos neopositivistas a la hora de estudiar, analizar, recorrer y percibir la tierra y su gente. Demos paso a la intuición, a la subjetividad; entendiendo el término subjetivo como expresión de todo lo relativo a la forma de sentir, pensar o actuar del «hombre sujeto».

Somos conscientes de que esta otra visión, esencialmente *antropocéntrica*, puede ser tildada de «menos científica», puesto que acercarse al hombre, como individuo y como ser colectivo que reproduce y vive el espacio en que se halla, implica profundizar en parámetros como «reproducción» o «vivencia», que son aún más difíciles de medir que todas las variables sistémicas. Pero, no nos interesa medirlos, sino investigar su repercusión social y territorial. Y existe un «territorio sentimental» tanto en el intelecto del analista como en la psique de los habitantes.

Ello obliga a una actitud científica comprometida, *radical* si se quiere. Pero, coincidimos con Stephen Hymer (1974), en que «ser radical es lo mismo que ser científico, pues ambos términos implican que se va a la raíz de los problemas». Como decía Yves Lacoste, la Geografía ha de ser un arma para la guerra, no un instrumento al servicio de la cultura oficial. Permítasenos una pedantería: el intelectual sólo lo es mientras está en contra del poder.

Por eso, cuando nos hablan reiteradamente de «sistema urbano» en la *ordenación territorial de Galicia* sabemos que muchos de nuestros gestores se están olvidando, conscientemente, de la mayor parte del territorio gallego, del medio rural, al que suelen referirse en términos paternalistas, o bien para citar, a menudo de modo forzado, a Risco, a Otero Pedrayo o a

Castelao. Sin embargo, en algunos casos es mejor que no se molesten en ordenar el territorio, ya que acaban desordenándolo. No se interprete esta aseveración como una apología del tradicionalismo frente al progreso, sino como un aviso sobre la necesaria reflexión previa respecto a los costes territoriales, económicos, sociales y ecológicos de éste.

No pretendemos repetir la manida *diferenciación urbano-rural*. Si en alguna región carece de sentido, es en Galicia, donde el espacio se nos muestra complicado, plural, minifundista y heterogénico. Ya sabemos que un núcleo no es ciudad sólo por el número de habitantes que alberga, aunque es éste un dato significativo, sobre todo cuando se establecen niveles jerárquicos discretos. Los criterios funcionales e históricos también han de ser considerados; junto a otros como la identificación urbana de los moradores, sus pautas comportamentales, etcétera.

No se trata de adoptar una *posición iconoclasta* per se, ni de criticar globalmente las actuaciones de los sucesivos gobiernos autonómicos, de ideologías varias, en materia de ordenación del territorio. No se trata de situarnos por encima del bien y del mal y desmarcarnos de los políticos. Sabemos que llevan el peso de la responsabilidad en la toma de decisiones. No somos tan pretenciosos.

Aquí simplemente intentamos aportar una mayor *precisión terminológica*, para evitar exageraciones que resultan hasta ridículas cuando comparamos nuestro «universo urbano» con los de otras regiones realmente urbanizadas. Por tanto, en vez de hablar de metrópolis regionales, submetrópolis, ciudades medias de funciones subregionales, etcétera, proponemos una clasificación –discutible, como toda taxonomía– más acorde a la realidad territorial gallega. Descendamos en su jerarquía.

Tenemos en la región dos *áreas urbanas* con escasas ligazones entre sí, Vigo (compuesta por Vigo, Redondela y Nigrán) y A Coruña (A Coruña, Arteixo, Oleiros, Cambre, Culleredo); equiparadas en cuanto a población (algo más de 320.000 habitantes cada una).

Les siguen en la jerarquía cinco *ciudades medias*: Ferrol (Ferrol, Fene, Narón, Neda), Santiago de Compostela (con sus prolongaciones por Ames, Teo, Boqueixón y Vedra), Ourense (con sus pequeños municipios limítrofes, como San Ciprián das Viñas, Barbadás, Toén, Pereiro de Aguiar, Coles ...), Pontevedra (Pontevedra, Marín, Poio) y Lugo; con contingentes demográficos entre los 145.000 y los 80.000 habitantes.

Dando un salto notable en el ranking, hallamos veinticuatro *pequeñas ciudades*, encabezadas por Vilagarcía de Arousa (Vilagarcía, Carril, Vilaxoán, Sobradelo, Trabanca y Vilanova), con unos 22.000 habitantes; seguida de Monforte de Lemos y Ribeira (Santa Uxía, Palmeira, Olveira, Carreira y Aguiño), con más de 15.000 habitantes; Carballo, Viveiro, As Pontes y Betanzos, con más de 10.000 residentes; Cangas do Morrazo, O Barco de Valdeorras, Carballiño, Burela, Verín, O Grove, Noia, Lalín, A Guarda, A Estrada, Sarria, O Porriño, Cambados, Pontedeume-Cabanas, Boiro, Ribadeo y Tui, que cuentan con 9.000-5.000 habitantes.

Con todos los matices que se quieran, tres son las *pequeñas ciudades históricas*, Ribadavia, Padrón y Mondoñedo, con sólo 3.500-2.500 habitantes; particularmente a la última se la considera urbe por el rango adquirido en el pasado, a pesar de su estancamiento reciente.

Básicos en la articulación regional son los veintidós *pueblos-villas*. Un primer nivel con villas que albergan entre 5.000-4.000 habitantes aproximadamente (Xinzo de Limia, A Rúa, Vilalba, Pontearreas, Cedeira, Moaña, Melide, Cee-Corcubión, Chantada, A Pobra do Caramiñal, Ordes). Un segundo nivel con villas de 4.000-2.000 habitantes (Bueu, Mugardos, Sada, Foz, Sanxenxo-Portonovo, Celanova, Ares, Baiona, Caldas de Reis, Miño y Santa Marta de Ortigueira).

Núcleos con función específica son los doce *pueblos-puertos* (Cariño, Muros, Camariñas, Fisterra, Rianxo, San Ciprián, Malpica, A Illa, Porto do Son, Muxía, Laxe y Corme). Son núcleos, con 3.500-1.500 habitantes, sin relevancia histórica, pero con un dinamismo contemporáneo muy superior al de las villas y pueblos interiores. Se hallan relativamente especializados en la función pesquera y viven de espaldas a su postpaís.

De rango inferior a las villas, aunque algunos pueden también atesorar esta categoría, son catorce *pueblos-cabeceras rurales*, que rondan los 2.000-1.000 habitantes (Arzúa, Allariz, Negreira, Santa Comba, Monterroso, Palas de Rei, Viana do Bolo, Pobra de Trives, Becerreá, Silleda, Maceda, Quiroga, A Cañiza y A Fonsagrada). A pesar de su escasa población, cumplen un papel clave en la articulación comarcal.

En suma, con criterios muy laxos, hallamos en Galicia ochenta y dos núcleos «urbanos». Sin embargo, reflexiónese sobre las cinco constataciones numéricas siguientes. Primera: la región cuenta con casi 32.000 asentamientos. Segunda: constituyen casi la mitad de los asentamientos de Espa-

ña. Tercera: hay un asentamiento y medio cada kilómetro cuadrado. Cuarta: más de la mitad de la población gallega vive en asentamientos con menos de mil habitantes. Quinta: más de la mitad de las entidades de población de Galicia cuentan con menos de cincuenta habitantes.

Hay que ser atrevidos, u obedecer a inconfesables intereses, para afirmar que el medio rural no existe en Galicia o, lo que es peor, ordenar el territorio como si lo rural no existiese; prestándole atención sólo como objeto de algunas políticas sectoriales, a menudo decididas a cientos o miles de kilómetros, y no como marco básico de las relaciones territoriales.

2. CIUDADANO Y ALDEANO

Los términos «ciudadano y aldeano» se definen tanto por su relación con la pertenencia a un tipo de hábitat, como por criterios comportamentales. El hábitat, en su significado genérico, es el marco de relación entre *el medio y el hombre*. Medio que es natural y funcional. Hombre como individuo y como grupo social.

Las aldeas son las *células más elementales del hábitat*. Y acertó Schumacher con la frase «lo pequeño es hermoso». Son formas de agrupamiento, asentamientos minúsculos, donde los hombres –y sobre todo las mujeres– viven del trabajo directo agrario, pesquero o mixto; aunque cada vez más pecuario, forestal o industrial. En cualquier caso un trabajo muy vinculado al entorno. Las peculiaridades del medio natural, más que las peculiaridades del grupo humano, condicionaban, más que condicionan, la morfología del asentamiento. Sin que por ello caigamos en un determinismo físico.

La *génesis de este poblamiento* se discute, los condicionantes no. El principal es la compartimentación del relieve. Las condiciones naturales son, en su conjunto, favorables a un poblamiento denso y disperso. Son pocas las áreas repulsivas, sólo en las altas sierras. Como en cualquier parte, los valles y las rías son las más atractivas, pero, bien señala Otero Pedrayo que «las aldeas se extienden por todas partes; por las laderas, por los flancos de las penillanuras y hasta en las zonas altas y montañosas».

Por supuesto, que también han sido determinantes los *factores históricos*. Téngase en cuenta que, si bien en la actualidad Galicia no es una

región demasiado poblada, históricamente lo ha sido. De modo que la presión demográfica sobre el territorio también ha coadyuvado a la intensiva ocupación del espacio y a la dispersión del poblamiento sobre el mismo. Como señala Eiras Roel (1986), «a finales de la Edad Moderna Galicia se presenta como la unidad regional más densamente poblada de la España peninsular. Con sus 46 habitantes por kilómetro cuadrado, en 1787 Galicia duplicaba la densidad media española». Es decir, en razón de los recursos existentes, Galicia era un territorio casi saturado, superpoblado. La posterior emigración inevitable. El aprovechamiento intensivo del suelo imprescindible.

Por otra parte, las pocas tierras llanas se correspondían con suelos pobres; había que cultivar toda ladera susceptible de ello. Para colmo, las *explotaciones autosubsistentes* necesitaban disponer de parcelas de labor y de monte cercanas. Para más colmo, los regímenes de tenencia de la tierra y, sobre todo, los foros, favorecían la fragmentación de las explotaciones. El resultado: un mosaico de aldeas y terrazgos sobre un mosaico orográfico. Mosaico cuyas bases estructurales se hallaban, según Abel Bouhier, ya conformadas en la Baja Edad Media. Las aldeas fueron sus elementos básicos, configurando un hábitat mayoritariamente disperso, pero a veces también concentrado.

Las clasificaciones de nuestros asentamientos tradicionales, en razón de su tamaño y morfología, han sido diversas. Sin duda, los asentamientos tradicionales en el medio rural gallego son, esencialmente, tres: *la aldea*, *el pueblo* y *la villa*. Con duda, la definición de éstos y los límites entre ellos siempre son discutibles (Fariña Tojo, 1980). Los términos gallegos «aldea», «pobo» y «vila» coinciden, aproximada y respectivamente, con los británicos «hamlet», «village» y «town», mientras que en castellano sólo se diferencian «pueblo» y «ciudad».

La *aldea* es la unidad más elemental del hábitat, formada por un grupo reducido de casas, con pocos habitantes (a menudo menos de 50 habitantes, a veces unos cientos), con funciones exclusivamente rurales y rodeada por terrazgos agrícolas. El *pobo* es un asentamiento más compacto y estructurado, con unos 500-1.000 habitantes, con funciones mercantiles periódicas (ferias-mercados) y servicios para un área de influencia próxima (educación, sanidad). La *vila* es ya un núcleo con estructura ordenada, en la que se diferencian un centro y una periferia (aunque la evolución del plano

pudo obedecer a factores varios), con 3.000-20.000 habitantes, con funciones terciarias propias de una cabecera comarcal.

Las *estadísticas oficiales* no recogen esta trilogía. Por otra parte, en algunos casos se catalogan como villas a asentamientos que han adquirido históricamente tal condición. Por ejemplo, el Censo de Floridablanca (siglo XVIII) registraba siete ciudades, correspondientes a las capitales de las siete provincias (A Coruña, Betanzos, Lugo, Mondoñedo, Ourense, Santiago y Tui) y 94 «villas», entre las cuales se hallaban núcleos hoy urbanos, como Ferrol, o núcleos luego integrados en urbes, como A Graña, casi un barrio de Ferrol. Pero, ocurre que en los Nomenclátors actuales el número de villas, unas 140-150, sigue inflado, si atendemos a los criterios expuestos (Precedo, 1987).

Las definiciones y las delimitaciones no están claras. Los *sentimientos* y la identificación con la tierra sí. Los paisanos aluden indistintamente a lugares, barrios, aldeas y parroquias. Ahora que todos, siguiendo a McLuhan, hablamos de la aldea global parece que muchos gallegos prefieren rehuir el término «aldea» y no digamos el de «aldeano», entendido como natural de una aldea, no como individuo paleta o rústico. Galicia es, geográficamente, sobre todo un territorio de aldeas y parroquias.

En efecto, la *parroquia* sigue siendo una unidad organizativa básica en el medio rural gallego. Ciertamente se trata de una circunscripción territorial sin personalidad jurídica propia. Pero, por su larga historia, que arranca en los primeros tiempos de la cristianización de Galicia, ha calado en el subconsciente de los habitantes, de modo que configura una unidad sociocultural, con base espacial, aprovechable para incentivar actuaciones de cooperación intervecinal.

El concepto de parroquia no sólo enriquece la *tradición popular*. Por ejemplo, la Santa Compañía (Estadea, Estantiga, Hoste o Antaruxada, que por distintos nombres se la conoce) es una triste procesión de almas en pena que sólo recorren durante la noche las aldeas de una misma parroquia, visitando las casas donde pronto ha de morir alguien. Otro ejemplo, en las cartas de nuestros emigrantes no suelen faltar los recuerdos y saludos para los parroquianos.

Y es que, como señala Fariña Jamardo, la parroquia cumple una *cuádruple función*. La función religiosa, en cuanto a la organización eclesiásti-

ca, la misa dominical, fiestas, rogativas, funerales, etcétera. La función cívica, en cuanto a que el atrio de la iglesia es un espacio de relación, donde se celebran las juntas de vecinos para decidir sobre montes comunales, caminos, fuentes, molinos, etcétera. La función productiva, en cuanto a que los parroquianos llevan a cabo faenas en común, agrícolas (mallas, segas ...) o no (batidas de lobos, autoconstrucción de casas ...). La función mercantil, en cuanto a que cerca de la iglesia suelen instalarse las abacerías y el campo de la feria. Obviamente, la modernización de agro gallego y, sobre todo, la movilidad de la población, derivada de la masificación del uso del automóvil, han ido limitando esas funciones; pero, su impronta en el hábitat ya estaba marcada.

La parroquia constituye un espacio mental, espiritual, sentido, vivido. Las aldeas constituyen su *plasmación material*, física, aunque también sentimental y vivencial. Como señala Lisón Tolosana (1971), «las aldeas son pequeñas comunidades donde es completa la participación individual de cada vecino, según sexo y edad, en cuidar del común, en las faenas del calendario agrícola, en los momentos importantes de la vida del individuo, en las alegrías, fiestas y penas. Nadie queda excluido. Las prestaciones de trabajo y comida, con sus derechos y obligaciones, entrelazan por igual a todos. En otras palabras, la vivencia de la vecindad presenta mayor densidad moral cuando todos poseen algo en común, cuando todos se ayudan en todas las faenas según una distribución equitativa de derechos y deberes, cuando todos participan en los ritos de transición de todos, y todos se sientan, en momentos alegres y tristes, en la misma mesa. En una palabra, cuando viven la vida en común».

Permítasenos, pues, esta alabanza de aldea y recuperemos el orgullo de ser aldeanos. Especialmente cuando «aldeano» significa también amante de las buenas cosas lugareñas.

3. ALDEA Y PAISAJE

Hablábamos de un entramado de aldeas y terrazgos superpuesto a una orografía compartimentada. Un marco de relaciones hombre-medio cuyas claves estructurales se hallaban establecidas desde finales de la Edad Media. Las aldeas son sus elementos básicos, configurando un paisaje hu-

manizado donde el hábitat es mayoritariamente disperso, pero a veces también concentrado.

Es difícil calcular las *densidades de poblamiento*, pues las fuentes estadísticas oficiales no recogen suficientemente el poblamiento diseminado tradicional (casares o lugares acsarados), ni el cada vez más extendido poblamiento intercalar moderno, porque se entiende que un núcleo de población es «un conjunto de diez o más edificaciones agrupadas de manera que formen calles o plazas, incluidas las construcciones aisladas a menos de quinientos metros de sus límites exteriores, sobre todo si reciben algún servicio urbano». Definición demasiado restrictiva para Galicia.

No obstante, para una simple aproximación, podemos partir del número de *asentamientos por kilómetro cuadrado*. Comprobamos que los contornos de las rías de Viveiro, Ortigueira, Ferrol, Ares-Betanzos y A Coruña, O Salnés, O Rosal, O Condado, O Ribeiro y, en general, todas las áreas periurbanas sobresalen como territorios con más de dos entidades por kilómetro cuadrado. Por el contrario, las sierras orientales, algunas sierras meridionales de la Dorsal (Suido y Avión), cadena montañosa que recorre Galicia de norte a sur, sirviendo como divisoria de aguas y divisoria biogeográfica, y tramos acantilados del litoral (A Capelada, Oia) cuentan con menos de media entidad por kilómetro cuadrado. Es decir, las terrazas fluviales, los microclimas favorables y las posibilidades de pluriactividad incentivan el poblamiento; mientras la topografía agreste, los suelos pobres, los sistemas de cultivo arcaicos y otros factores culturales lo retraen.

El *hábitat concentrado* está conformado por asentamientos mayores, distantes entre sí, y, como apunta Otero Pedrayo, con terrazgos agrícolas amplios. Las compactas aldeas tradicionales se hallan vinculadas a unas condiciones orográficas agrestes, a un clima más riguroso, a factores históricos como la búsqueda de protección en lugares poco accesibles, a un menor grado de minifundismo y a la preponderancia de rotaciones de cultivos más extensivos.

El *hábitat disperso* está conformado por múltiples asentamientos pequeños, cercanos entre sí, que salpican el territorio. Se trata de un poblamiento en aldeas dispersas más que un poblamiento en diseminado. El hábitat diseminado tradicional, caracterizado por los casares, sólo predomina en ciertas comarcas litorales donde la orografía es suave, el agua abundante y el aprovechamiento del suelo intensivo.

Con frecuencia oímos o leemos que esa dispersión es la responsable de que el territorio gallego se halle desarticulado o, tomando prestado el adjetivo orteguiano, la dispersión es la responsable de una «*Galicia invertebrada*». Tal deducción obedece a que se parte de modelos apriorísticos sobre lo que se desea, no sobre la realidad empírica. Nuestras aldeas se adaptan a la potencialidad de nuestra tierra. Ocupan el territorio no de un modo caprichoso, sino racional. Están desperdigadas para minimizar los costes de desplazamiento entre las casas y las «leiras», ya que surgieron en épocas durante las cuales no había ni carreteras ni vehículos a motor. Los campesinos saben de sus posibilidades y de las posibilidades de la tierra; no actúan por azar.

La reciente tendencia a la diseminación, al *problamiento intercalar moderno*, viene de la mano de la proliferación de las segundas residencias y de la construcción de casas por parte de emigrantes retornados.

El fenómeno de las *segundas residencias* es esencialmente periurbano y litoral. Obedece a la llamada «cultura clorofila» o al «capitalismo verde» y va paralelo al incremento del nivel de vida y a la masificación del automóvil entre las clases medias. Su impacto territorial se refleja en un aumento de la diseminación y una mayor heterogeneidad morfológica del hábitat, puesto que se sobrepone al medio rural.

El fenómeno de los *emigrantes retornados* responde a que actualmente muchos de los emigrantes de los años sesenta están alcanzando sus jubilaciones en los países del corazón industrial europeo y deciden regresar a su tierra. Algunos se compran un piso en la cabecera comarcal o levantan una vivienda en las proximidades de la misma, porque ya se han habituado a disfrutar de unos servicios y comercios. Otros regresan a su aldea natal, donde han venido construyendo desde hace años una casa, a menudo en una parcela heredada, en medio del «agra», y, lo que es peor desde una perspectiva paisajística, casi siempre imitando casas del país donde han estado trabajando tantos años. ¡Cómo dañan la vista esas casas «nórdicas», con sus tejados puntiagudos, cuya fuerte pendiente se supone que cumple la función de evacuar una nieve que nunca caerá!

Pero, en Galicia *todo es transición*. Entre la concentración absoluta y la diseminación absoluta observamos una sucesión de hábitats tradicionales dispersos, cuya morfología ha sido y puede ser objeto de diversas taxonomías. Por ejemplo, tomando la terminología de geógrafos franceses

como A. Demangeon, podríamos hablar de asentamientos primarios viejos, asentamientos primarios modernos, asentamientos derivados intercalares, asentamientos derivados de sustitución, dispersión en agrupamientos elementales (esas aldeas con menos de media docena de casas que encontramos al cruzar As Mariñas o la Terra de Melide), localidades rurales, etcétera.

En efecto, la clasificación de los tipos de aldeas gallegas ha llamado la atención de diversos investigadores. *Latipología de Otero Pedrayo* (1927), partiendo de la relación entre las casas y las tierras, diferencia: pueblos grandes (compactos, rodeados por las tierras de labor), aldeas en medio de huertas, aldeas de viviendas agrupadas y construcciones anexas en las agras y aldeas con viviendas y dependencias funcionales integradas.

La *investigación pionera de Niemeyer* (1934-1945), más precisa, aún es válida desde el punto de vista explicativo y comparativo. A partir de sus anotaciones sobre el terreno, plantea unas observaciones generales. Consta que la situación, el número y el tamaño de las aldeas depende de la superficie agrícola útil y de la fertilidad de los suelos. Que las aldeas de ladera son mayoría. Que en las comarcas más agrestes las aldeas son más cerradas y distantes unas de otras y casi siempre se emplazan en la salida de los valles secundarios, donde los rellanos dotan de más superficie cultivable y pradería. Que en las comarcas llanas, junto a las aldeas cerradas, aparecen todos los restantes tipos de poblamiento. Que en el litoral aumenta la densidad del poblamiento y abundan las aldeas de carretera, a menudo formando un continuum, debido a la mayor capacidad de generación de alimentos agrícolas y a la pluriactividad (además de la agricultura, la ganadería y la pesca, ya detecta un incipiente turismo, y señala: «en muchas aldeas la aceptación de bañistas constituye una importante fuente de ingresos»). Que las carreteras estaban transformando el hábitat, pues nacían nuevas aldeas a su lado, mientras en las aldeas aisladas se abandonaban casas. Que la diseminación en casas aisladas («casares») sólo se genera en el entorno de las ciudades y siguiendo carreteras nuevas y no por todo el territorio (dispersión versus diseminación).

Esas observaciones generales le llevan a proponer unas tipologías de poblamiento, clasificadas en aldeas cerradas, aldeas de carretera, enjambrados de aldeas y caseríos. Las aldeas cerradas, con «vilar» mixto o con «vilar» claro, son asentamientos compactos, de planta irregular pero bien delimitados, adaptados a la topografía, compuestos por viviendas y depen-

dencias anexas; son los asentamientos más antiguos de Galicia, asociados en principio a los castros, de los que se alejan ladera abajo, perdida su función defensiva, aunque muchas de estas aldeas surgieron en la Edad Media y se hallan esparcidas por toda la región. Las aldeas de carretera son asentamientos más recientes, que nacieron a la vera de caminos o en encrucijadas, lo cual determina su forma lineal («rueiros») o estrellada. Los enjambres de aldeas son agrupaciones de aldeas con una aldea cerrada como núcleo y diversos asentamientos dispersos conectados por una trama viaria. Los caseríos son granjas aisladas («casares»).

Localizando esas tipologías, Niemeier establece una diferenciación territorial. Así, en las sierras y fosas surorientales orensanas predominan las aldeas grandes y distantes. En la meseta lucense, costa cantábrica, rías altas y postpaís abundan las aldeas pequeñas muy dispersas. En los grandes valles transversales y en la Galicia occidental proliferan las aldeas pequeñas y el poblamiento intercalar.

Los *geógrafos Casas Torres, Miralbés Bederá y Torres Luna (1976)* llegan a una clasificación colateral del hábitat a partir del primer trabajo sobre localización de las parroquias gallegas. Partiendo de que su objetivo básico es una división territorial, no un estudio del hábitat, utilizan el tamaño, y no la forma, como criterio básico para tipificar el hábitat rural, fijan unas unidades territoriales previas y no recogen el hábitat intercalar.

Así, concluyen con una diferenciación territorial, que completa la de Niemeier. En las sierras marginales predominan las pequeñas aldeas (con menos de 50 habitantes), en ladera o valle alto y en parroquias mononucleares. En la penillanura lucense hay muchas aldeas minúsculas (con una media de 8 casas y 30 habitantes), con estructura compacta y en el contacto ager-saltus. En el norte de Lugo y A Coruña proliferan las pequeñas aldeas (15 casas), con estructura laxa y en medio del ager; hacia la costa aparecen «rueiros» y hacia el interior las aldeas se van compactando y empequeñeciendo, asimilándose al tipo anterior. En el sur de Ourense y en el bajo Miño se encuentran pequeñas aldeas compactas al norte y grandes aldeas compactas y distantes al sur (con más de 100 casas). Pero, hay muchas variedades locales, por ejemplo, el bajo Miño con poblamiento muy denso de enjambres de aldeas y «rueiros». En el valle del Ulla se observan transiciones sucesivas. En las Rías Baixas prevalecen las estructuras complejas.

La *tipología de Abel Bouhier* (1979) forma parte de una amplia, y ya clásica, investigación sobre la organización del espacio agrario regional. En ella plantea también una exhaustiva y compleja clasificación morfológica de las aldeas gallegas. Detecta dos fases esenciales en la génesis del hábitat rural. En la primera las aldeas nacen asociadas a los castros (de ahí la densidad del poblamiento). En la segunda se multiplican las aldeas y aparecen los «casares», durante la Baja Edad Media. Recalca las semejanzas con el hábitat de Bretaña, Irlanda y Escocia. Pero, allí este tipo de hábitat es fósil, material de arqueología, mientras aquí está vivo. Si a ello añadimos la importancia de nuestra arquitectura popular, se comprenderá la necesidad de tener en cuenta a todo este patrimonio cultural en cualquier reordenación territorial, conservándolo o rehabilitándolo.

Con tales premisas, propone también una diferenciación territorial. En la Galicia litoral, aunque con muchas variedades, predominan tres tipos de aldeas: aldeas en el contacto *ager-saltus*, aldeas lineales (de camino o de línea costera) y enjambres de aldeas o «rueiros» superpuestos a la vieja trama de aldeas; se trata de un hábitat sometido a influencias diversas: pluriactividad, expansión urbana, crecimiento demográfico, etcétera, con estructuras complejas, más o menos laxas, y poblamiento más o menos denso según las condiciones naturales (por ejemplo, las Rías Altas con algunos espacios vacíos en acantilados y superficies de erosión, mientras las Rías Baixas con un continuum complicadísimo). En la Galicia central (desde el postpaís septentrional y occidental a la depresión de Monforte aproximadamente) proliferan las aldeas pequeñas (5-15 casas), con estructura compacta, localizadas en los valles (que reproducen, aumentada, la trama medieval), a las que se han sumado nuevas formas de hábitat («rueiros» y «casares» en el entorno de las ciudades y villas (Santiago, Lugo, Carballo, Lalín, Sarria ...). En la Galicia oriental abundan las aldeas pequeñas (6-12 casas), con estructura laxa o polinuclear, y aldeas minúsculas (2-6 casas) intercaladas. Hacia el sur las aldeas intramontanas se van haciendo más grandes, compactas y distantes. En la Galicia suroriental son numerosas las aldeas grandes y distantes, pero dicha simplificación excesiva esconde una variada casuística local (aldeas colgadas entre terrazas o en el fondo de los valles del Sil y Bibeí, aldeas de tamaño medio y compactas al este de la Dorsal, aldeas grandes o pueblos con barrios, distantes, en las depresiones orensanas, aldeas de tamaño medio y estructura menos compacta en las montañas me-

días, pueblos grandes y distantes en la frontera con Portugal, pueblos mononucleares, compactos, irregulares y distantes, entre «openfields», en las sierras surorientales).

Completando la clasificación de Niemeier, la *tipología de Fariña Tojo* (1980) ha tenido una amplia aceptación. En síntesis, distingue entre aldea nuclear y polinuclear y entre aldeas en nebulosa (individualizadas) y en enjambre (interconectadas por todo tipo de asentamientos intercalares). Considera que las aldeas cerradas son propias del hábitat concentrado, especialmente en comarcas montañosas, donde responden a un modelo de colonización rural medieval; en ellas las casas, unidas por medianeras, se disponen en torno a un camino divagante que sirve de eje longitudinal del asentamiento; según dispongan de muchos o pocos prados, corrales y huertas dentro, se distinguen las aldeas cerradas de «vilar» claro o mixto. Los «rueiros» son aldeas de carretera, con estructura lineal; algunos, tradicionales, nacidos en vías romanas o de peregrinación; otros nacidos en vías de comunicación recientes. Los «casais» son grupos, desarticulados, de casas aisladas y rodeadas por huertas; surgen por un microclima favorable, abundancia de agua, buen suelo o topografía suave, en comarcas de fuerte densidad demográfica. Las aldeas de núcleos múltiples se generan por proliferación o proximidad de los tipos anteriores, especialmente en el continuum de las Rías Baixas; pueden ser aldeas polinucleares con «vilar» mixto o claro, aldeas nucleares en nebulosa, con casas más separadas (indefinido) y enjambres de «barrios», más que de aldeas, con o sin aldeanúcleo.

A partir de esas premisas, establece también una diferenciación territorial. En la zona de la costa (incluye, además del litoral, el eje Coruña-Santiago-Tui, el bajo Miño y O Ribeiro) predomina el hábitat disperso y laxo como corresponde a la pluriactividad económica, con tres tipos de aldeas: las aldeas nucleares con caserío claro o estructura laxa, las aldeas en enjambre con aldea núcleo y las aldeas en enjambre simple. En la zona interior agrícola (Galicia interior no montañosa, apéndices en costa norte y suroeste orensano) abundan las aldeas pequeñas estructuradas en torno a una parroquia, de dos tipos: las aldeas polinucleares con caserío claro y las aldeas en nebulosa. En la zona de montaña (Dorsal, sierras orientales y surorientales con sus depresiones) proliferan las aldeas compactas y distantes, porque hacen falta muchas hectáreas para que la tierra cultivada sea

rentable (simplismo explicativo), de dos tipos: las aldeas nucleares compactas y las aldeas polinucleares compactas.

Desde mediados de siglo diversos factores han incidido sobre la morfología del hábitat rural tradicional, transformando notablemente villas y aldeas. El éxodo rural, con sus secuelas de abandono del medio productivo y envejecimiento de la población, supuso una sangría irreparable para muchas comarcas gallegas. La mejora y densificación de la red viaria, y por ende de la accesibilidad, incentivó nuevas pautas de asentamiento y convirtió viejos caminos en calles de tráfico rodado en medio de pueblos y aldeas. La masificación del automóvil favoreció a la vez el éxodo hacia las ciudades y la mejora en las condiciones de vida. El consiguiente deterioro del patrimonio material de nuestras aldeas fue uno de los más importantes portes de alto coste pagados a cambio de esa modernización, descontrolada y sin la mínima planificación territorial.

Precedo Ledo (1987) estudia con detalle el *impacto de las nuevas carreteras* en los asentamientos tradicionales. Constata que en áreas densamente pobladas y con intenso tráfico, la carretera suele constituir un eje lineal de poblamiento. Se van construyendo casas entre asentamientos a ambos lados de la vía de comunicación, hacia la que se trasladan establecimientos de servicios ligados al transporte (talleres, gasolineras y bares), que terminan por atraer un poblamiento laxo y lineal.

En la tradicional estructura del hábitat primaba una *trama radial*, en la que cada aldea, emplazada en la ladera en el contacto ager-saltus y rodeada de su terrazgo, se comunicaba con la cabecera parroquial mediante una «corredoira» un poco más amplia que las demás. Hacia la iglesia y la rectoral, principales espacios de relación, confluían, radialmente, los caminos de diversas aldeas. Si entre dos parroquias se construye una carretera nueva, a menudo aprovechando el viejo camino que utilizaban esporádicamente los labriegos cuando acudían a las ferias y mercados periódicos, las aldeas terminan por conectarse directamente con ella o bien desde la cabecera parroquial se construye una pista hasta la nueva vía, de rango mayor que las que arrancan de las aldeas. La trama radial se subordina a la *ortogonal*. Ha variado la funcionalidad del espacio. En el cruce suele nacer un nuevo asentamiento, de estructura y morfología irregular, a caballo entre la dispersión y la diseminación.

Advierte Precedo Ledo (1987) que la *carretera* ya no incide sólo en el hábitat de los entornos urbanos, como observaba Niemeier, sino en todo el hábitat. Primero unas cuantas casas surgen o se trasladan al borde de la nueva carretera, que discurre por el fondo del valle; sus ocupantes viven de suministrar bienes y servicios elementales a los viajeros. La accesibilidad y el movimiento potencial de personas y mercancías van transformando el asentamiento en un pequeño lugar central, en el que van instalándose algunos comercios antes exclusivos de villas y pueblos. Se termina por asfaltar el camino que une ese núcleo con la vieja aldea emplazada en la ladera. A ambos lados de esa pista unos y otros se autoconstruyen casas, la mayoría funcionales, «modernas», levantadas a menudo por etapas, ocupadas por agricultores a tiempo parcial (a la vez se dedican a la construcción, comercio ...), parejas jóvenes, emigrantes retornados y otros. Indirectamente la carretera ha traído el progreso e incita a la edificación de casas «mejores». En poco tiempo, el nuevo núcleo aumenta tanto en actividad como en población, mientras la vieja aldea se va despoblando y deteriorando.

El proceso, siempre similar, repercute de modo distinto sobre los diversos tipos de aldeas. Al mismo factor corresponden *impactos diferentes*. Las aldeas compactas se desdoblán y dan lugar a estructuras polinucleares. Las aldeas en encrucijada, a uno de cuyos caminos se sobreimpone la carretera, tiende a alargarse en el sentido del eje principal y a compactarse en el cruce, donde se genera una pequeña aglomeración de viviendas. Los «rueiros» del interior se alargan aún más. Las aldeas lineales costeras, con una o dos filas de casas a uno o a ambos lados de la carretera remodelada continúan también alargándose y a la vez compactándose debido a la proliferación de segundas residencias que ha traído la mejor accesibilidad. Las aldeas en nebulosa se desintegran todavía más, dando paso a un poblamiento diseminado, particularmente en las proximidades de la vía primada.

Fijémonos en los cambios que introduce la nueva trama viaria. Pero, son muchos *otros factores* los que inciden en las transformaciones del hábitat tradicional. He aquí algunos: el crecimiento demográfico, la agricultura a tiempo parcial, el incremento de los movimientos pendulares a las ciudades, el retorno de emigrantes, la autoconstrucción, la segunda residencia, el turismo, las actividades del transporte (talleres, hostelería...), etcétera, etcétera.

La morfología de nuestras aldeas cambia casi siempre para peor. Pero, las aldeas no son conjuntos abstractos, sino grupos concretos de casas y dependencias anexas. Para construirlas los campesinos gallegos utilizaban exclusivamente *materiales del entorno*. No podía ser de otra manera tratándose de autodidactas que levantaban su casa a la par que cultivaban la tierra o fabricaban sus herramientas. Por eso, aldea y paisaje constituían un todo armónico. Por eso, Geografía y Cultura popular constituyen un todo armónico.

Bien lo señala, aunque desde su prisma antropológico, Xaquín Lorenzo (1962), cuando afirma que «el elemento más interesante de toda la producción popular es, sin duda, *la casa*. No cumple solamente el papel de refugio contra los ataques del medio ambiente, sino que es el aglutinante que une entre sí a los miembros de una misma familia. El hombre se liga directamente a la casa del mismo modo que la casa se une a la tierra, siendo así la vivienda un vínculo que liga al hombre con la geografía de un modo íntimo. Esta unión se hace por los dos elementos que la casa tiene en sí: el puesto por la mano del hombre y el proporcionado por la geografía. Es de sobra sabido lo mucho que la tierra influye en la vivienda, ya que es el suelo el que ha de proporcionar los materiales para hacerla y ha de estar adaptada a ciertas características climáticas y topográficas; pero conviene no olvidar que, al final, es el hombre el que organiza estos materiales y esta organización la hace de un modo personal, atendiendo, inconscientemente, a los mandatos de la raza y de la historia, factores que no se deben olvidar para no plantear los problemas con falta de datos».

Donde el hombre no consigue dominar a la *naturaleza* ha de adaptarse a ella (Rapoport, 1972). Por ejemplo, si debe construir su casa en un lugar donde soplan frecuentemente vientos húmedos y fríos, dispone el eje principal («cumio») en el sentido de esos vientos dominantes, levanta unos parámetros laterales bajos (la casa se pega a la tierra), abre pocos huecos, coloca a barlovento una fachada ciega, mete al ganado en una cuadra interior para que el «estrume» le proporcione calor, otorga a la *lareira* un papel preferente en la vivienda, orienta un corredor o una «solaina» al mediodía, etcétera.

Hablamos de épocas durante las cuales la precariedad de medios y la elemental técnica constructiva obligaba a la edificación de casas muy simples, *sobrias*, sin concesiones a la decoración, con pocas variantes, con una

repetición ancestral de tipologías y una asimilación tan lenta de las soluciones arquitectónicas que hasta hace tan sólo unos años las construcciones eran muy semejantes a las de la Edad Moderna, lo cual constituía a la vez un síntoma de subdesarrollo y un tesoro patrimonial.

Los gallegos hemos sido canteros desde la Prehistoria. Esto se nota hasta en las casas más pobres. Sin embargo, la *escasez de medios* marcaba unos condicionantes formales insalvables. Las luces máximas de las casas dependían de la longitud de las vigas. Los muros eran bajos para evitar combaduras. Los materiales del entorno determinaban el tipo de casa, a la vez que la fundían con el paisaje.

En efecto, las casas tradicionales de nuestras aldeas fueron construidas con granito, gneis, «xisto» o pizarra. No podía ser de otra manera, siendo que las rocas graníticas componen el 45% del subsuelo gallego y las metamórficas otro 40%. Esto hace que las casas sean similares en cuanto a los *materiales básicos* de construcción, pero con calidades muy dispares.

A simple vista una *casa construida con piedra granítica* se diferencia con relativa facilidad. El granito suele presentar unos cristales grandes, individualizados, de cuarzo o «seixo» (con aspecto vítreo, traslúcido, brillante y grisáceo), feldespatos (lechoso, opaco y blanquecino) y mica (brillante y negra). Pero, debido a la acción de los agentes atmosféricos, esta roca intrusiva suele utilizarse ya muy meteorizada. Sobre todo en regiones húmedas como la gallega el feldespatos tiende a degradarse a lo largo de las diaclasas o líneas de debilidad de la roca (por eso abundan los paisajes de tors o castillos de bloques y bolas más o menos redondeados); cuando el feldespatos se erosiona mucho termina por descomponerse en caolín, de cuyas canteras se extrae mineral para elaborar porcelana. Al degradarse el feldespatos, se liberan el cuarzo y la mica que, sucesivamente meteorizados, dan lugar a arena o «xiabre» y a arcilla, respectivamente.

Además, incluso sin excesiva meteorización, la composición química de los feldespatos puede hacer variar el aspecto de la piedra granítica; si es rico en potasio, el feldespatos tiende a ser más blanquecino y, junto con el cuarzo, contrasta con la mica negra, y dota a la roca de un tono general grisáceo; si es rico en sodio o calcio, adquiere esa apreciada tonalidad rosácea del granito de Porriño. Por otra parte, hay diversos tipos de granito: común (Cabo Prior, Costa da Morte, Ancares, Courel ...), porfídico (Caldas

de Reis, Salnés ...), gneísico (Boimorto, Sobrado ...), pegmatítico (Ortigueira, Farelo, Segundeira ...), etcétera.

Sobre la *diversidad de paisajes graníticos* en Galicia, Pérez Alberti (1982) afirma que «en los granitos orientados de dos micas nos topamos con abundancia de paisajes de cúpulas y tors desprovistos del manto de alteritas o a punto de serlo; las vertientes son poco convexas; la variabilidad del grano puede originar la aparición de pequeños alvéolos; las vertientes estructurales, ligadas fuertemente a la roca, son frecuentes; el relieve se torna heredado y predominan en el modelado las líneas de diaclasas. Cuando el grano es más fino y abundan los sistemas de diaclasas, pueden aparecer bloques paralelepípedos, muy corrientes en toda Galicia. Es aquí, en este tipo de granito, donde hacen acto de presencia los taffonis. Los granitos intrusivos dan un modelado diferente en el paisaje; en su conjunto generan formas de aspecto suave, con domos, cúpulas en las cumbres y alvéolos con gran cantidad de arenas en el fondo; las vertientes se hacen convexas y a menudo desnudas. Cuando entra en juego una fuerte diaclasación, aparecen los «penedos», las «moas» y los «castelos». Parece claro que la diversidad de granitos de diferente composición va a originar paisajes perfectamente diferenciados».

Resulta más difícil distinguir las *casas construidas con materiales metamórficos*. De hecho, a simple vista sólo se diferencian bien las casas de pizarra. Las distintas presiones y condiciones térmicas a que se vieron sometidos esos materiales en profundidad provocaron recristalizaciones diversas de los minerales de las rocas de procedencia. Por otra parte, los grados de metamorfismo generan confusiones a la hora de clasificar las rocas. De ahí que, por ejemplo, los paisanos denominen piedras de «xisto» o «lousas» tanto a las piezas de pizarra como de esquisto.

La *pizarra* es una roca de grano fino, derivada de la arcilla, cuya principal condición es la laminación o disposición alineada de cristales de cuarzo, moscovita y sobre todo mica sometidos a un metamorfismo poco intenso (algunas hasta conservan fósiles, como las existentes entre Neda y O Seixo). Dicha fisilidad permite una exfoliación muy fácil y la obtención de losas planas, aptas para cachotería y para cubiertas. La posibilidad de obtención de lajas muy finas, impermeables, duras y resistentes a las heladas las convierten en unos de los materiales preferidos para la construcción de las típicas cubiertas en escama de pez. Resultan, además, decorativas,

pues, dependiendo de su composición, las hay de color grisáceo, negruzco, azulado, verdoso o marrón rojizo.

Las pizarras son abundantes por todas las montañas del este de Galicia, desde Ribadeo a la Serra do Eixe y los Montes do Invernadeiro, siendo un importante recurso endógeno para comarcas como Valdeorras; pero también las encontramos más localmente en la Galicia occidental (alrededores de Ferrol).

Xaquín Lorenzo (1962) recalca la relación entre el tipo de cubierta de pizarra y el poder adquisitivo del propietario de la vivienda, en el sentido de que el tipo de lajas refleja la capacidad económica del dueño. Los pobres simplemente buscan en su entorno unas lajas más o menos cuadradas o rectangulares que, sin retocar, colocan superpuestas parcialmente sobre el armazón. El «cumeal» lo resuelven cruzando lajas de ambas vertientes, añadiendo teja del país o con trozos estrechos de pizarra. Los ricos compran lajas cortadas de un modo regular y las colocan a modo de perfecta escama de pez. Si el armazón es demasiado inclinado, se hace un agujero en la parte superior de las lajas y se clavan a la «latiza»; en algunas cubiertas se ponen «picos» de granito para aumentar la firmeza.

El *esquisto* implica un grado mayor de metamorfismo. Es difícil identificarlo, porque puede derivar de rocas diversas. Los micaesquistos son pizarras esquistosas, en las cuales la abundancia de mica y el grano fino indican una marga originaria; hallamos pizarras micáceas en Ferrol, Betanzos, A Coruña, Tambre, Deza, etcétera. Si contienen menos mica y más cuarzo y feldespato, el esquisto proviene de un metamorfismo sobre areniscas. Los calcoesquistos derivan del metamorfismo sobre calizas, escasas en Galicia. Los esquistos verdes proceden de rocas ígneas básicas.

Si a ello añadimos que los terrenos de esquistos han sido muy atacados por la erosión, que ha debido evacuar capas y capas de sedimentos hasta que aquéllos afloran, se comprenderá la utilización genérica del término «*xisto*» por parte de nuestros labriegos-arquitectos, que parecen aludir con él a la condición de esquistosidad o fisibilidad orientada de distintas rocas metamórficas. De cualquier modo, los esquistos, aunque están compuestos por minerales alineados y planos como las pizarras, aunque se astillan y fragmentan también siguiendo esas líneas de debilidad, y aunque también se utilizan como piezas para cubiertas, presentan planos de fractura irregulares y ondulados.

Si los granitos presentan diversidad de paisajes, los «xistos» también. Apunta Pérez Alberti (1982) que «crean con frecuencia vertientes en uve abierta y una abundante red hidrográfica, favorecida por la facilidad de rotura de los materiales, genera extensas áreas abarrancadas; pero hay que tener en cuenta la presencia de rocas más resistentes a la acción mecánica en su seno. Cuando aparecen intrusiones de filones de cuarzo o cuando son ricos en cuarcita, la erosión diferencial provoca la aparición de un paisaje ruiforme, desigual, de crestas y valles, como los que podemos ver por la Serras da Faladoira, Xistral, Faro de Avión, Invernadeiro, etcétera, etcétera. Esto da lugar a multitud de talwegs y de interfluvios, así como a la presencia de buenos ejemplos de relieve apalachiense».

El *gneis* supone ya tal grado de metamorfismo que es prácticamente imposible descubrir la roca que sufrió esas presiones y calores (granito, pizarra, esquisto, riolita ...). Los paisajes gneísicos muestran líneas topográficas suaves, porque la erosión ha desgastado estos viejos materiales de grano grueso, menos duros y con menos planos de fractura que las otras rocas metamórficas. Las piedras de *gneis* se rompen de modo irregular, ya que los fragmentos no siguen unos planos de fractura. El *gneis* granítico, que encontramos, por ejemplo, en A Ulloa, Vilalba o Vigo, apenas se distingue del granito, pues se trata de una roca metamorfoseada a caballo entre las ígneas y las metamórficas, si bien el *gneis* presenta una foliación de la cual el granito carece. El *gneis* micáceo abunda en las comarcas de Narón, A Coruña, Bergantiños, Ordes, Santiago, Sobrado, Chantada, ... El *gneis* cloritoso en A Capelada, Ortegal ... El semigneis en Cedeira, A Gudiña ... El *gneis* común en Betanzos, Carril, Pontevedra, Trives, Viana do Bolo ...

En definitiva, la uniformidad de las casas tradicionales gallegas en cuanto a los materiales empleados es sólo una apariencia, debido a las variedades de los tres o cuatro tipos de rocas fundamentales. Además, la *calidad de la piedra* para la construcción marca una notoria heterogeneidad en cuanto a la calidad de la cachotería y cubiertas. Casi siempre el granito resulta mejor que el *gneis* para la edificación. Pero, a su vez las calidades de granitos y gneises son diferentes según las comarcas.

En la Galicia meridional (Caldas de Reis, O Salnés, Porriño, Ourense) abunda un granito excelente, de reconocida fama internacional, que permite una depurada técnica constructiva a la hora de trabajar sillares y perpiaños o de levantar «solainas» y hórreos. En la Galicia central y noroccidental se

alternan en el subsuelo granito y «xisto» de calidad variable, utilizados en una cachotería más o menos labrada. En la Galicia de transición (Melide, Sobrado ...) predomina un gneis de mediocre calidad, lo cual se observa en la pobreza edificatoria. Por último, en la Galicia oriental la abundancia de «xisto» y pizarra hace que las piezas de granito se reserven sólo para reforzar esquinales y para los dinteles o «lumieiras».

Al relacionar «aldea y paisaje» nos hemos fijado en el roquedo, elemento del paisaje natural que más condiciona la tipología de las edificaciones que componen esas aldeas. Obviamente, nuestras aldeas tradicionales se hallaban plenamente integradas, además de con las rocas del entorno, con el *paisaje vegetal*. Donde éste se halla menos antropizado todavía podemos observar dicha relación armónica.

Así, en las aisladas sierras orientales hallamos las típicas aldeas cerradas, colgadas de la montaña, «empoleiradas», emplazadas en la solana, rodeadas por sucesivos anillos de prados artificiales propios de una orientación pecuaria de las explotaciones, de un primer cinturón de «soutos de castiñeiros», de terrazas con cultivos de patatas, berzas y centeno, de un segundo cinturón menor de castaños, de pastos naturales y matorrales correspondientes a montes vecinales salpicados por bosquetes de carballos y pinos.

Los «*castiñeiros*» prácticamente forman parte del bosque clímax autóctono, puesto que el castaño llegó a Galicia con la romanización; de ellos se obtenía la castaña, alimento básico por estas tierras, leña, madera para la confección de muebles y, en lo relativo a la construcción de la casa, maderas para el armazón de la cubierta, contornos de vanos (cuando no se hallaban buenas piedras de granito), puertas, etcétera. La plaga de la tinta que ha venido afectando a los castaños gallegos desde el siglo pasado, la modernización agropecuaria con sus secuelas en el paisaje agrario tradicional y el éxodo rural han trastocado esa armónica relación entre la aldea y los cinturones de «soutos» en las Serras de Os Ancares, O Courel, O Eixe, etcétera.

En comarcas donde el grado de *antropización del paisaje vegetal* es importante los pinos y eucaliptos se han adueñado de los entornos de nuestras aldeas. Las características «fragas», con los árboles más genuinamente gallegos, como carballos, abedules («bidueiros»), alisos («ameneiros»), «salgueiros», etcétera, han cedido su lugar a bosques de pinos pinaster, radiata o sylvestris y a bosques de eucaliptus globulus.

No obstante, el *carballo*, a menudo mezclado con cerquiños y pinos, todavía contornea con masas arbóreas densas las aldeas de Cambre, Oleiros, Bergondo, Betanzos, Aranga, Ourol, Riotorto, Chantada, Lalín, Forcarei, Carballiño, etcétera, etcétera. Las especies naturales *ripícolas* (alisos, abedules, fresnos ...) siguen dominando en las proximidades de las aldeas cercanas a las riberas fluviales. Las *hayas*, por el contrario, apenas aparecen vinculadas a aldeas, ya que mientras aquéllas buscan las laderas umbrías (Ancares, Courel, Queixa), éstas buscan las solanas.

Sin embargo, los *pinares* y *eucaliptales* cada vez proliferan más, en detrimento de las especies autóctonas. Las repoblaciones llevadas a cabo por el Estado y el éxito de estas especies de crecimiento rápido entre los propietarios particulares, coincidente con la falta de brazos jóvenes dispuestos a trabajar las fincas dedicándolas a otros cultivos, ha hecho que, por ejemplo, el pino marítimo se extienda por buena parte de los terrazgos de las aldeas de comarcas litorales, conviviendo con alcornoques y pinos radiata; mientras que el pino silvestre avanza por las tierras altas del interior. Por su parte el eucalipto, aunque no suele aparecer como especie exclusiva, ocupa numerosos bosquetes de las provincias litorales; su expansión, paralela a su capacidad de esterilización edáfica, va también paralela a las necesidades de la producción industrial de celulosa en la región.

Los paisajes boscosos que rodean a las aldeas gallegas se han transformado en el siglo XX. Los *paisajes agrarios* también. No es el momento de analizar su evolución; sería preciso un estudio detallado y comarcalizado. Pero, en conjunto, el proceso se caracteriza por el gran salto que la agricultura regional ha dado, apenas sin transiciones, de una economía familiar, tradicional, secular, autosubsistente, a una economía mercantilizada.

Como señalábamos en otro ensayo (Armas, 1983), al incentivarse en la últimas décadas la vocación pecuaria de buena parte de las explotaciones agrarias gallegas, los cultivos forrajeros se han ido incluyendo en las rotaciones ancestrales, obligando a disminuir o a suprimir superficie dedicada a cultivos tradicionales, con la implícita renovación del paisaje. La extensión de «*paisajes nuevos*» derivados de las alternativas forrajeras ha conllevado, junto a mejoras socioeconómicas, errores técnicos (deficientes abonados, riegos, siegas, escasa selección de semillas, falta de mecanización en unos lugares, sobremecanización en otros, etcétera) y, además, no debe considerarse la única salida del anquilosamiento de la agricultura

regional. La nefasta integración en el mercado común europeo se encarga de demostrarlo. En cualquier caso, no resulta lógica, ni siquiera desde una óptica puramente economicista, dicha extensión a costa de terrenos que, con la aplicación de métodos racionales, podrían aportar excelentes rendimientos en productos destinados al consumo humano, mientras que se hace indispensable su expansión en detrimento de las miles y miles de hectáreas dominadas por matorrales de «xestas», «toxos», «piornos» y «carpazas», que, por otra parte, cubren muchos montes vecinales, donde las mayores dimensiones parcelarias permiten proyectos cooperativos de cierta envergadura.

Todo está cambiando demasiado rápido en Galicia, excepto la formación cultural, que lo hace más lentamente ... y eso nuestras aldeas y nuestros paisajes lo sufren.

4. PATRIA Y PATRIMONIO

En regiones periféricas como la gallega vivimos tiempos en los que deben potenciarse *modelos de desarrollo cualitativos*, lo que Waterman denomina «renovación hacia la excelencia». La densificación y mejora de las vías de comunicación, además de transformar, como vimos, la morfología de aldeas y pueblos, hacen que varíen las condiciones de accesibilidad. El tópico del aislamiento de nuestras aldeas ha muerto. Si la multipolaridad y los efectos deslocalizadores de la difusión urbana se aplicasen de verdad a la ordenación territorial, los pequeños asentamientos podrían beneficiarse, por capilaridad, del desarrollo productivo y residencial.

Por algo John Friedman hablaba del «*campo urbano*», un espacio donde rural y urbano no son conceptos dicotómicos enfrentados, sino donde se opta por lo mejor de ambos. En efecto, por un lado, los sistemas productivos modernos permiten cada vez más la descentralización productiva. Por otro, los urbanícolas cada vez más ansían la calidad ambiental de villas y aldeas para residir temporal o permanentemente.

Vivimos *tiempos de mezcla*, de flexibilidad. Lo de menos es la denominación del proceso (¿diseminación múltiple o descentralización concentrada?). El caso es que el medio rural adquiere nuevos valores. Valores de uso, en el sentido de que unas actividades desplazan a otras y unos grupos

sociales a otros en una desigual competencia por el suelo. Pero también valores culturales y comportamentales. Conviene no perder identidad y patrimonio cultural en el fragor de la batalla por la modernización.

Contamos ya con una negativa experiencia al respecto. El impacto de la adopción, imitativa, del *modelo del desarrollismo industrial*. Sus secuelas fueron el éxodo rural, con el abandono y deterioro de muchas de nuestras aldeas; el envejecimiento de la población que se quedó in situ, con lo que limita las innovaciones y las conservaciones; la intrusión de fórmulas mercantilistas en los sistemas agrarios, con lo que supone de pérdida de independencia respecto a otras fases del engranaje productivo y pérdida de lazos de cooperación entre familias campesinas; y la asimilación de nuevas pautas de comportamiento entre los parroquianos rurales, con la intención de parecerse cada vez más a los urbanos.

Las aldeas constituyen un patrimonio material y cultural que refleja esos cambios de un modo inmediato y, por desgracia, a menudo irreversible. La «*incultura urbana*» se impone a la «cultura aldeana». La televisión se encarga de llevar aquélla hasta las más recónditas aldeas de Os Ancares y O Courel. Se crean nuevas necesidades («hay que levantar un alpendre de bloques de hormigón, bien alto, para que quepan el tractor, la moto y el Peugeot que luce por estas sierras durante el mes de agosto el hijo que está en Barcelona»).

Los *nuevos valores de uso* traen consigo nuevas tipologías de viviendas y construcciones anexas, que suelen dañar la vista y la sensibilidad de los que la tienen. Cobertizos, talleres, garajes, gasolineras, bares, etcétera, son levantados sin la más mínima correspondencia con el entorno y sin el más mínimo respeto hacia el medio natural y el patrimonio arquitectónico.

Las casas tradicionales han perdido la *polifuncionalidad de antaño*, pasando a ser simples unidades de vivienda, donde residen casi siempre personas mayores muy satisfechas con las mejoras llevadas a cabo en su vieja casa, que les han dotado de una «calidad de vida» de la que no gozaban antes. Por ejemplo, la disponibilidad de cuarto de baño suelen citarla como todo un avance, aunque para ello hayan tenido que prolongar la volumetría de la casa con un cuerpo de ladrillo y cemento, mal recebado y mal cubierto mediante planchas de uralita.

La arquitectura funcional tradicional, la «*arquitectura agrícola*», ha perdido interés, porque ya no cumple esas funciones para las que había sido

edificada. Incluso ha de dejado de ser «popular», puesto que más «populares» son otras construcciones modernas.

Como señala Begoña Bas (1984), las construcciones utilitarias sufren un *proceso de deterioro* en el que se conjugan abandono, destrucción, modificación, sustitución y conversión. Se abandonan «eiras», «palleiras» y «alpendres». Se destruyen casas viejas, hórreos y molinos, porque hace falta espacio. Se modifican cobertizos de magníficos perpiaños mediante adiciones de cemento y hormigón; se modifican los remates de hórreos; se modifican bodegas para meter en ellas las botellas de vino compradas en hipermercados. Se sustituyen molinos de rueda por molinos eléctricos; se sustituyen lagares por prensas. Se convierten hórreos tradicionales en gallineros; se convierten cruceiros y hórreos en elementos decorativos de jardín; se convierten las bodegas en bares.

Se han puesto en marcha algunos programas públicos destinados a la *restauración* de ciertos elementos arquitectónicos (hórreos, molinos). Puesto que no existe una cultura conservacionista, a algunas de las construcciones utilitarias se les buscan usos alternativos (bodegas que se transforman en pequeños museos, molinos de marea que se pretenden convertir en minicentrales de energía eléctrica). El éxito del turismo rural ha incentivado rehabilitaciones no sólo de viviendas, sino de «alpendres», molinos, hórreos, «eiras», etcétera; que sirven ahora para atender una demanda de ocio, en vez de trabajo. No obstante, nos referimos a actuaciones puntuales.

Actuaciones interesantes, costosas, dignas de todo apoyo; pero cuya incidencia en nuestras aldeas resulta aún muy limitada. La conservación, aprovechamiento y mantenimiento del patrimonio que representan estas aldeas pasa por una *sensibilización* de sus moradores, mediante una formación en la que podrían tener mucho que decir medios de comunicación como la televisión autonómica, demasiado ocupada en ofrecer concursos estúpidos.

Esa *formación* debiera implicar también a los constructores locales, muchos de ellos albañiles sin más conocimientos que los adquiridos por la experiencia de repetir y repetir prototipos edificatorios urbanos. Esa sensibilización debiera afectar asimismo a muchos arquitectos que parecen prescindir del territorio y firman proyectos discordantes totalmente con el entorno físico y la realidad cultural del lugar donde van a materializarse. Por último, dicha formación debiera alcanzar a alcaldes y concejales, de

modo que su capacidad de gestión se plasmase en medidas legislativas que protegiesen el patrimonio.

Por otra parte, de este patrimonio se pueden obtener mejores rendimientos futuros, pensando en que la opción de un *turismo verde* gana progresivamente adeptos. Ciertamente que, si tales opciones turísticas son promovidas por las autoridades, dejan de ser «populares», en el sentido de que ya no salen del pueblo (Xaquín Lorenzo, 1981); pero de no ser así, resulta prácticamente imposible conservar por conservar, sobre todo en una región pobre y con una población tan envejecida como la gallega.

De todos modos, el sistema productivo rural se ha diversificado; más técnica que estructuralmente. El desarrollo endógeno comienza a pasar de los informes al terreno; no deja de ser, en términos menos rimbombantes, el aprovechamiento de los recursos locales. El éxodo rural se ha frenado; no por lo que se haya hecho desde dentro, sino por falta de demanda de brazos en los focos receptores. Tal vez ahora sea el momento de plantearnos la *conservación de todo tipo patrimonio* de interés, no sólo el artístico-monumental, también el cultural-popular. Quizás no sea una utopía. Y si lo es, habrá que luchar por ella.

Para ello, son precisas dos fases y una serie de pasos, algunos simultáneos. La primera fase debe ser de *estudio de ese patrimonio*. Primero, averiguar cuáles son los materiales de construcción propios de cada comarca. Segundo, conocer y clasificar esos bienes patrimoniales. Tercero, territorializar, delimitando áreas con características y problemas comunes. Cuarto, diagnosticar el estado y las posibilidades de conservación o rehabilitación de los conjuntos y elementos más relevantes. Quinto, inventariar el patrimonio popular de las aldeas gallegas. Sexto, destinar dinero público a la formación de investigadores, propietarios y autoridades en cuestiones de estudio y sensibilización sobre la conservación del patrimonio no monumental.

La segunda fase debe ser de *aplicación de medidas* y tiene un claro componente político. Primero, potenciar la explotación racional de materiales para la construcción (no sólo del granito de Porriño o las pizarras de Valdeorras), con el menor impacto ambiental posible. Segundo, otorgar a la ley sobre patrimonio idéntico rango que las leyes del suelo en su ejecución cotidiana. Tercero, establecer ventajas fiscales para los propietarios que estén dispuestos a conservar casas de interés. Cuarto, continuar apoyando

las iniciativas para rehabilitar pazos, rectorales, casas grandes, casas rústicas y casas de labranza destinadas al turismo rural. Quinto, revisar las tipologías normativizadas propuestas por la Administración Autonómica para la construcción de viviendas en el medio rural, ya que muy pocas concuerdan con el espíritu de la casa tradicional gallega, aunque la mayoría reproducen ingeniosos diseños arquitectónicos. Sexto, destinar dinero público a los proyectos viables de conservación y restauración del patrimonio no artístico.

Algunos expertos en el tema, como el arquitecto Pedro de Llano (1981), no consideran necesaria la asunción por parte de la Administración de un papel demasiado preponderante en la conservación del patrimonio arquitectónico popular. Apuntan, de modo pesimista, hacia una *inevitable destrucción* del mismo. Consideran casi imposible frenar la estandarización de materiales poco estéticos, sobre todo cuando se utilizan en casas tradicionales (por ejemplo, la sustitución de la madera por el aluminio para cerrar los vanos, apenas soslayada con la paulatina incorporación del PVC).

Tampoco consigue detenerse la especulación del suelo en espacios rururbanos, que conlleva la destrucción o modificación de viviendas tradicionales. Se trata de los *procesos de invasión-sucesión* de que hablan los urbanistas. Ciertamente que para los residentes en esas áreas periféricas a las ciudades los cambios pueden ser positivos, en la medida en que obtienen ingresos por la venta de terrenos recalificados, pueden trabajar en alguno de los almacenes o naves industriales instaladas en su municipio, sin necesidad de emigrar, o pueden convertirse rápidamente en constructores autónomos y, por supuesto, remodelar su casa, con resultados paisajísticos normalmente desastrosos.

Y qué decir de la suerte que ha venido corriendo el patrimonio popular ante la implantación de *instalaciones industriales o extractivas*. La actividad fabril se caracteriza precisamente porque obtiene un alto rendimiento en un espacio reducido. Por eso, puede pagar más por el terreno donde se instala, desplazando a los demás usos. Los resultados son en Galicia: San Ciprián, Portomarín, Arteixo, Bens, Fene, Marín, etcétera.

Otrotanto cabe decir de la destrucción de nuestros pueblos y aldeas costeros ante la avalancha del *turismo de playa*. Pensemos en el paradigmático y horrible ejemplo de Sanxenxo, que Carreras Candi describía a princi-

prios de los cuarenta como «una pequeña aldea, con un centenar de casas distribuidas en unas cuantas calles y una plaza», y que desde mediados de siglo ha visto como sus pequeñas casas de marineros, sus casas de dos plantas con magníficas balconadas, sus casas coloniales e incluso los chalés de primera construcción fueron sustituidos por bloques de apartamentos destinados a atender una demanda temporal de turistas de otras ciudades gallegas y meseteñas. El frente marítimo fue destrozado. Hasta tal punto ha llegado el deterioro morfológico y ambiental que el principal recurso, la playa, comienza a presentar rendimientos decrecientes. Pero ... el daño paisajístico es ya irreversible.

Dejando a un lado el caso de Sanxenxo, ¿dónde están aquellos soporales de nuestras *aldeas litorales* en los que los marineros metían sus barcas los días de temporal o reparaban las mujeres las redes?. Todavía nos quedan algunos conjuntos con elementos arquitectónicos típicamente marineros en O Barqueiro, Redes, Pontedeume, Betanzos, Malpica, Muros, Noia, O Berbés, Combarro. Por supuesto, que todo intento de conservación de los mismos es loable; pero también debemos prestar atención a aquellos elementos puntuales de interés en pequeñas aldeas (corredores de madera sobre espléndidos «canzorros», galerías, «solainas»).

En las *aldeas del interior* el deterioro ha sido menor, atendiendo a baremos absolutos, pero relativamente las transformaciones morfológicas de muchos asentamientos han supuesto una destrucción del patrimonio similar. No se trata sólo de conservar las pallozas, por su valor etnográfico, también son interesantes las pequeñas casas de «xisto», semiexcavadas, de las aldeas colgadas en las sierras orientales; las grandes casas prismáticas de la Terra Chá, con una buena cachotería de pizarra reforzada en los esquinales y vanos por magníficas piedras de granito; las casas con múltiples anexos, con cachotería de granito o gneis y cubiertas de teja en las aldeas cerradas o laxas de las terras de Bergantiños, Ordes o Xallas; las casas meridionales, abiertas al entorno, con «solainas», corredores y patines.

No obstante, a pesar de la alabanza de aldea de los párrafos anteriores, concluyamos con una cita del economista Arias Veira (1990), que, en vez de poner broche a nuestros argumentos, sirve para reabrir la duda y la reflexión:

«Cuando se pronuncian los nombres de muchos pequeños municipios gallegos, inmediatamente aparecen en la mente del narrador y oyente poco atentos una visión de atraso, rusticidad y luto. Se asocia lo pequeño y débil con lo arcaico, con lo tonto. Realmente el maniqueísmo, en tanto que esquema binario simple, tiene muchos adeptos. Es fruto de la inercia mental, la peor de todas. Además sirve como escudo emocional. Existen los buenos, los puros, las víctimas, los encarnadores de las esencias, y los malos, ambiciosos, competitivos y triunfadores. Qué pena que las cosas no sean así. Sería tan fácil producir una buena novela negra en Galicia que es difícil resistirse a la tentación literaria. Esta división es interesada. se idealiza lo rural porque aparentemente no rivaliza con lo urbano. Lo ajeno no es adversario y además puede servir como tema y programa de los salvapatrias. Sólo molesta lo igual, lo semejante, lo parecido, lo susceptible de equivalencia. Por eso se insiste en lo distinto, aunque para que las cosas queden en su sitio, se inferioriza. Pero, los pueblos se resisten a su representación interesada, evolucionan por su cuenta, hacen de la necesidad virtud y están atentos a todo lo que se mueve. Bien definió Lyotard la «postmodernidad» como el estado de relativismo ideológico o de disolución de valores donde lo que cuenta es lo que funciona».

BIBLIOGRAFÍA

AAVV (1975): *A Galicia rural na encrucillada*, Galaxia, Vigo.

AAVV (1975): *Galicia*, Monográfico de Ciudad y Territorio, Nº 1-2, Madrid.

AAVV (1993): *Galicia*, Monográfico de la Revista El Campo, BBV, Bilbao.

ARIAS VEIRA P. (1990): *Las 313 Galicias*, E.A.S., A Coruña.

- BAS LÓPEZ B. (1980): *Construccions populares gallegas*, Bankuni6n, A Coru6a.
- BAS LÓPEZ B. (1984): *Arquitectura popular de producci6n agr6cola ... en II-III. Xornadas de arquitectura galega., C.O.A.G., Santiago de Compostela.*
- BOUHIER A. (1979): *La Galice: essai g6ographique d'analyse et d'interpretation d'un vieux complexe agraire*, La Roche-sur-Yon.
- FARI6A JAMARDO J. (1975): *La parroquia rural en Galicia*, I.E.A.L., Madrid.
- FARI6A JAMARDO J. (1981): *El h6bitat gallego*, Diputaci6n, A Coru6a.
- GARCÍA FERNÁNDEZ J. (1975): *Organizaci6n del espacio y economía rural en la Espa6a Atl6ntica, Siglo XXI*, Madrid.
- GARCÍA MARTÍNEZ (1976): *Tipoloxía da vivenda rural galega*, Boletín COAG n°2-4, Santiago de Compostela.
- LISÓN TOLOSANA C. (1974): *Antropología cultural de Galicia, Siglo XXI*, Madrid.
- LORENZO FERNÁNDEZ X. (1962): *Etnografía. Cultura material*, en Historia de Galiza, Nós, Buenos Aires.
- LORENZO FERNÁNDEZ X. (1982): *A casa*, Galaxia, Vigo.
- LLANO P. DE (1981): *A arquitectura popular galega*, Tomos I-II, C.O.A.G., Santiago de Compostela. Reedici6n actualizada en 1996.
- NIEMEIER G. (1945): *Tipos de h6bitat rural en Galicia*, en Estudios Geográficos n°19, Madrid. Primera publicaci6n en Alemania 1934.

- OTERO PEDRAYO R. (1927): *Problemas de xeografía galega. Notas encol das formas de poboazón labrega*, Seminario de Estudos Galegos, Santiago de Compostela.
- OTERO PEDRAYO R. (1965): *A aldea galega no seu decorrer histórico*, Grial nº8, Vigo, pp. 133-150.
- PEREZ ALBERTI A. et al. (1982): *Xeografía de Galicia. O medio*, Sálvora, Sada.
- PRECEDO LEDO A. (1987): *Galicia: estrutura del territorio y organización comarcal*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.
- PRECEDO LEDO A. & VILLARINO PÉREZ M. (1995): *Galicia: estrategias urbanas y nuevas realidades territoriales*, en Revista Situación, BBV, Bilbao, pp. 275-288.
- RAPOPORT A. (1972): *Vivienda y cultura*, Gustavo Gili, Barcelona.